



Las aventuras de Agarista

Universidad Complutense de Madrid

Grado de Historia del Arte

Carmela Iserte Lázaro

Marzo 2022

Índice

Capítulo I: <i>Mi vida en Atenas</i>	pág.2
Capítulo II: <i>La expedición al andrón</i>	pág.4
Capítulo III: <i>Las joyas de mi madre</i>	pág.6
Capítulo IV: <i>El desastre</i>	pág.9
Capítulo V: <i>Las esculturas cobran vida</i>	pág.10
Capítulo VI: <i>La Acrópolis</i>	pág.11
Capítulo VII: <i>La gran Atenea</i>	pág.13
Capítulo VIII: <i>Un bonito despertar</i>	pág.16
Anexo	pág. 17
Bibliografía	pág. 27

Capítulo I: Mi vida en Atenas

Hola, me llamo Agarista y vivo en Atenas (la mejor polis de Grecia) junto a toda mi familia. Tengo tres hermanos mayores, pero no me hacen mucho caso porque están ocupados en su carrera política. Los tres quieren llegar a ser magistrados como mi padre, y la verdad es que tienen suerte de que los abuelos fueran también de Atenas, porque desde que gobernó Pericles, cuando se terminó el Erecteion, solo los hijos de padres y madres atenienses son considerados ciudadanos y pueden llegar a ser políticos. A mí, la verdad, me da igual, porque al ser mujer no soy ciudadana de ninguna manera, pero de todas formas me alegro por ellos; ahora tienen menos competencia.

La política nunca me ha interesado porque veo a mi padre siempre de mal humor, refunfuñando en voz baja, caminando por la casa, seguido por alguno de sus discípulos, quejándose de las medidas de otros políticos. Cuando no está trabajando suele estar en los baños públicos donde los hombres se reúnen para hablar o en el andrón, la parte de la casa a la que no puedo entrar porque también es solo de hombres. Ahí se reúne con sus amigos, escuchan música y hacen fiestas. Un día mi hermano mayor me dijo que esas fiestas se llamaban simposios, y la verdad es que suena bastante bien. Sé que es solo para los chicos, pero a veces también entran mujeres muy elegantes, por lo que a lo mejor puede que algún día pueda ir yo también.

Mi madre se llama Casandra y ella lleva una vida muy diferente. Normalmente se queda en casa tejiendo y cuidándose la piel, pero a veces vienen sus hermanas para hablar y contar cotilleos. Para estas reuniones, ellas también se apartan y se van a otra zona de la casa llamada gineceo. Yo entro a veces para estar con las demás mujeres, que me enseñan a coser y cómo comportarme, pero a veces mi madre no quiere que entre. Antes ella salía más, iba a la fuente a por agua, paseaba e iba al mercado, pero desde que mi padre se convirtió en magistrado tenemos más sirvientes que hacen esas tareas. Además, él se suele enfadar si ella sale sin razón. La verdad es que no lo entiendo porque mi madre no hacía nada malo, pero bueno.

Respecto a mí, tampoco salgo mucho de casa. Soy más lista que mis hermanos, pero no voy a la escuela como lo hicieron ellos. Me acuerdo el día que mi pedagogo, el sirviente que me enseñaba valores y conocimientos básicos, me dijo que ya no me daría más clases. Aquel día, de repente, mientras me hablaba de las guerras médicas, se puso muy triste porque tenía miedo de no conservar su trabajo cuando cumpliera los siete años. Yo no lo entendía, porque tan solo tenía seis y mis hermanos habían ido a clase mucho más tiempo, así que le consolé, creyendo que me creía mayor, pero no era así. Cuando cumplí los siete dejé de verlo, pero creo que ahora está en casa de un amigo de mi padre que vive cerca de aquí.

Como he dicho, no salgo mucho, pero me divierto con los niños del servicio, sobre todo con Evandro, el hijo de la cocinera. Mi padre me ha dicho muchas veces que no le gusta que hable con él, pero es el único amigo bueno que tengo y si lo pierdo me moriría del aburrimiento. Sin embargo, cuando Evandro tiene que trabajar pero yo ya he terminado mis clases, me dedico a lo que más me gusta, la ropa. Con esto no digo que me guste

tejer, eso que quede claro, porque la verdad es que lo odio. Cuando veo a mi madre tejiendo durante horas, sin levantar la vista de la tela, me da mucha pena; no sé cómo no se muere de la tristeza. Creo que en el fondo me da miedo que si empiezo a coser como ella acabe pasándome lo mismo.

Lo que si me encanta es ver como se mueven los tejidos cuando la gente camina o cuando hay viento. También adoro mirar las joyas de mi madre, ver como se prepara para una ceremonia y, sobre todo, me gusta muchísimo reflexionar sobre lo que la ropa puede decir de una persona y lo que puede aportar; dependiendo de cómo te vistas puedes conseguir poder, respeto e incluso libertad.

Para quienes no seáis de Atenas os explico: la mayoría de los hombres libres como mi padre llevan en primer lugar un quitón, una túnica que cubre hasta las rodillas, se sujeta en los hombros con broches o cosidos y que está atada a la cintura por un cinturón. El quitón se utiliza también por la noche como camisón, pero sin el cinturón, para dormir más cómodo. Como aquí puede hacer frío, por encima se coloca el himation, un gran rectángulo de lana que envuelve el cuerpo, pero que deja el brazo derecho libre para gesticular bien. También está la clámide, que usan los caballeros y los efebos, que son los discípulos de los hombres poderosos. Esta prenda suele ser de color púrpura y se utiliza para montar a caballo. Por otro lado, los hombres de clase más baja, como los artesanos, soldados y esclavos, llevan la exómida, una túnica muy sencilla que deja un hombro descubierto.

Las mujeres también se visten con el quitón, pero esta vez llega hasta los tobillos y muchas veces se le cosen mangas. Además, pueden llevar un peplo, que es un rectángulo de tela que se sujeta con alfileres y no tiene mangas. En el caso de que sobre mucha tela en la parte de arriba se dobla para crear un sobre pliegue, que queda muy bonito. En invierno también se lleva el himation, pero esta vez cubre los dos hombros y depende como se coloque, puede hacer de capucha también.

Normalmente la gente de una misma clase social suele vestir bastante parecido, pero un día que salí con mi madre me di cuenta de un detalle que me hizo pensar; algunas mujeres llevaban el peplo con cinturón y otras lo llevaban suelto. Miré a mi madre, y observé que yo nunca llevaba cinturón, mientras que ella nunca salía sin él. Le pregunté la razón y me dijo que era porque las chicas solteras lo dejaban suelto y las casadas lo ataban. Este dato me pareció muy curioso; siempre me había parecido raro que las mujeres no hablásemos mucho fuera de casa mientras que los hombres reían a carcajadas por las calles, pero entonces pensé que a lo mejor este detalle era una especie de código secreto que las mujeres habían establecido para comunicarse entre ellas. Fue entonces cuando empecé a fijarme en todos los detalles de la ropa, así me enteraría de todo y sería la persona más sabia de Atenas.

Sin embargo, si le quitas toda su simbología secreta, la ropa ateniense es bastante aburrida. Lo sé porque a veces veo a comerciantes de tierras lejanas con trajes de colores y estampados divertidos. Muchas veces mis padres me han dicho que las simples decoraciones de nuestra vestimenta se deben a que somos una polis serena y

pura, que no se deja llevar por todos esos accesorios que distraen. Sin embargo, las mujeres en las ceremonias si llevan muchos adornos, y tanto a ellas como a los hombres se les nota muy contentos al verlas, por lo que no sé si eso es verdad.

Capítulo II: Expedición al andrón

El otro día, mientras mi padre recibía a sus amigos para el simposio que iban a realizar esa noche, le oí decirle a uno de sus hermanos, que había comprado dos nuevas vasijas de cerámica y que se moría por estrenarlas. Las compras de mi padre siempre son preciosas, pero cuando le pregunté por verlas, me dijo que no podía porque eran demasiado pesadas para moverlas del andrón y yo como mujer no podía entrar para apreciarlas. Me enfadé un poco y me propuse entrar sí o sí, porque cuando se me mete algo en la cabeza no hay quien logre disuadirme. Entonces elaboré un plan.

Tras una noche entera de fiesta, mi padre y sus amigos acabaron muy cansados y todos sus compañeros se fueron muy pronto, deseando llegar a sus casas para dormir algo antes de ir a los baños públicos. Mi padre subió a su habitación diciendo que necesitaba reflexionar sobre un problema de trabajo, pero le oí roncar un buen rato, así que no sé qué pensar.

Cuando la sala se vació completamente, el servicio entró para limpiar la sala. Me dije que era el momento idóneo, porque cuando terminaran sus labores a nadie le sorprendería oír ruidos por la zona. Evandro todavía no había empezado sus tareas, pero se ofreció a ayudarme de todas maneras, así que cuando su madre trajo la compra a las cocinas, él le robó la llave de la sala sin que se diera cuenta y vino corriendo a mi encuentro. Una vez llegó, abrí la puerta con cuidado y entramos. La sala era preciosa, con muchos objetos bonitos y klinés, una especie de divanes, pegados a la pared. En medio, sobre la gran mesa estaban las dos nuevas vasijas.

La primera en la que me fijé era la más pequeña. Se trataba de un cuenco con asas que Evandro me dijo que se llamaba esquifo. En él estaba pintada una escena de la guerra de Troya. En esta batalla se enfrentaron los griegos contra los troyanos; aunque entre nosotros también hubo problemas, como en este caso: Agamenón se enfadó con Aquiles y con el orgullo dañado secuestró a su mujer, Briseida. Aquiles se puso muy triste y no quiso participar en la guerra, aunque finalmente volvió y gracias a él, ganaron. En la vasija, Agamenón aparecía muy enfadado, agarrando del brazo a Briseida, identificable porque iba totalmente envuelta en el himation, que incluso se había colocado encima de la cabeza, creando una capucha. Éste era muy largo y parecía demasiado pesado, incluso para tratarse de un himation.

Después de un rato, rodeé la mesa para ver la parte de atrás, porque no quería coger el esquifo y que se me cayera. Detrás se encontraba Aquiles, como suponía, bastante triste, envuelto también en el himation. En general, si algo me pareció especialmente curioso, fueron los zapatos; todo el mundo llevaba unos diferentes aunque estuvieran en el mismo lugar. Primero me fijé que Agamenón, Briseida y Aquiles iban descalzos, como

yo cuando voy por casa, pero no cuando salgo, porque se pueden ensuciar los pies. Esto me pareció raro, pero luego vi que los demás guerreros llevaban unos embás, botas altas que se ataban por delante y que se utilizaban durante los viajes. La verdad es que me parece mucho más lógico ir a la guerra con unas buenas botas y no estar preocupándose de si te duelen o no los pies. Al principio creí que se tenía que tratar de un descuido del pintor, aunque Evandro me dijo que seguro que lo había pensado bien, porque lo firmaba Macron, un artista muy importante. A mí de todas maneras me pareció muy raro.

Cuando terminé de hablar con Evandro fui a ver la segunda vasija. Esta me había llamado mucho la atención, porque era muy grande y bonita. En este caso sí sabía que era una [crátera](#), un vaso donde se mezclaba el vino y el agua. Al parecer durante el simposio era muy importante mezclar las bebidas, siendo un honor ser el elegido de llevar a cabo las mezclas.

Volviendo a la crátera. Como había dado la vuelta a la mesa primero vi a Heracles, uno de los héroes más importantes de los griegos, que es hijo de Zeus. Era un hombre muy valiente que luchó hasta con leones, el más famoso, el león de Nemea, una bestia muy peligrosa que consiguió matar y como recompensa se quedó con su piel. En la vasija aparecía desnudo y llevaba la leonté, la piel del león, colgada del hombro. El héroe miraba a la diosa Atenea, la protectora de mi polis. A mí me encanta Atenea; es valiente, guerrera y siempre ayuda a los héroes. Aparece como siempre muy serena, vestida con un peplo rematado en una franja negra, que lo hace algo más interesante. Además lleva la égida, una parte de la armadura que solo visten ella y su padre, el gran dios Zeus. También había otros guerreros que estaban desnudos pero se apoyaban en su himation para no ensuciarse.

Me gustó tanto esta cara que aunque me resistiese un poco a dejar de mirarla, di la vuelta a la mesa porque no podía esperar a ver la otra. Me pegué un susto tan tremendo que no pude evitar un pequeño chillido. Evandro, que estaba tumbado en un kliné haciendo el tonto, vino corriendo a ver que me pasaba. Había sido la imagen, era tan violenta que me aterró con solo mirarla. Además no la entendía. Evandro me explicó que se trataba de un mito que narraba el asesinato de casi todos los hijos de Níobe; al parecer, ella se había reído de Leto por tener solamente dos hijos y como dañó su honor, Ártemis y Apolo, los descendientes de la diosa, decidieron vengar a su madre matando a los hijos de Níobe.

Me pareció tan terrible que casi arruina la buena impresión que me había llevado de la crátera, pero entonces como no, volví a fijarme en la ropa de los personajes. La verdad es que era bastante similar a la del otro lado; Ártemis aparecía con un peplo rematado en una franja negra y Apolo iba desnudo con el himation en el brazo. Sin embargo, me di cuenta de que a los hombres casi siempre se los representaba desnudos y a las mujeres muy tapadas. Es decir, cuando salgo de casa, sin contar con las estatuas de la calle, veo absolutamente a todo el mundo vestido. Así que esto me pareció muy poco realista.

Tras pensar un ratito en ello, Evandro se empezó a inquietar porque oyó un ruido que venía de fuera, así que me pidió que nos fuéramos, porque como nos descubrieran nos infringirían un duro castigo; sobre todo a él. Como no sacaba nada en claro con mi observación decidí hacerle caso, así que salimos con cuidado y la verdad es que justo a tiempo, porque poco después entró mi padre.

Capítulo III: Las joyas de mi madre

Hace un par de días vinieron a casa las hermanas de mi madre y pasamos juntas toda la tarde en el gineceo, yo jugando con mi prima pequeña, y ellas, compartiendo cotilleos. En un momento dado me acerqué sutilmente para escuchar una conversación sobre una familia que había sido deshonrada o algo así, pero justo cuando más interesante se ponía el asunto mi prima cogió un joyero de mi madre y lo tiró al suelo, rompiendo toda la estructura de madera. Las adultas me echaron la bronca por no estar cuidando de ella y haber permitido que el desastre sucediera, pero no me pude concentrar mucho en la riña, porque cuando se rompió la caja, vi unas joyas preciosas de mi madre que debía tener ocultas, porque nunca me las había enseñado. Cuando me acerqué a intentar solucionar el desastre, mi madre me apartó un poco agresiva y lo recogió ella, sola, sin ayuda, creo que porque sabía que me pondría a cotillear. Mi madre es también muy inteligente.

Para mi sorpresa no regañaron a mi prima y nos pusieron a jugar de nuevo. Yo creo que porque no querían perder el hilo del chismorreo, cuyo relato estaba alcanzado su momento culmen. Intenté volver al juego, pero se me hizo imposible quitar la mirada de todos esos pendientes, pulseras y anillos tan espectaculares. Al final me convencí de que como me salió tan bien la otra vez mi expedición secreta al cuarto de mi padre, haría lo mismo esta vez, pero sin Evandro, porque no me gustaría nada que se metiera en líos por mi culpa.

Si bien tardaron más de lo que esperaba, mis tías al fin se marcharon. Sin embargo, ya muy de noche, mi madre seguía peinándose para ir a la cama. Me parece sorprendente el tiempo que dedica todas las noches a trenzar su cabello, independientemente de si al día siguiente va a salir o no de casa. Lo que ella no sabía en su pequeño momento de cuidado es que mientras despedía a sus hermanas, yo atasqué la cerradura para que no encajara y así poder entrar por la noche.

A diferencia de los hombres, que llevan el pelo bastante corto, las mujeres se lo dejan larguísimo, siempre trenzado o recogido en un gran moño. Además, y esa es otra, a las mujeres atenienses les encanta un buen pelo rizado, con grandes bucles en cascada. En verdad es precioso, pero si tienes el cabello más bien liso como es el caso de mi madre, necesitas trenzarlo todas las noches antes de ir a dormir. También es bastante común que se lo tinen de negro, pero sobre todo de rubio, que además de por estética, es el más costoso de conseguir y por lo tanto, el más apreciado entre las mujeres de clase alta.

Después de que ella al fin se fuera, pasé unos instantes debajo de la mesa donde me había escondido para no entrar demasiado pronto y que me pillara, pero parece que ya se había ido a dormir. Me acerqué muy despacio y conseguí entrar sin problemas. Como no quería perder tiempo fui directamente a la mesa donde se encontraba la cajita de las joyas, o bueno, el montón de maderitas desbarajustadas que quedaban de ella. Al ser bastante cara, mi madre no la quiso tirar, sino que se decidió por llevarla a un artesano de la ciudad y así de paso salir un poco. Sin embargo, ya no se encontraban en el estuche, pero tras mirar un poco por la habitación, observé un platito al lado de un pélice, una especie de jarrón con asas.

Esta vasija la compró mi abuela cuando mi abuelo tuvo que irse a luchar en las Guerras Médicas, mucho antes del gobierno de Pericles. Mis tías y mi madre todavía eran pequeñas y ella se tuvo que hacer cargo de la casa. A mi abuela siempre le encantaron las pinturas sobre cerámica, pero como a mí, le asustaban un poco las escenas tan agresivas de las vasijas de su esposo, siempre de guerra o de héroes. Esas pinturas están dedicadas a los hombres, que son quienes van a la guerra. Es por eso que, durante las guerras vinieron a Atenas muchos comerciantes con diseños nuevos que representaban la vida de las mujeres, al fin y al cabo, ellas preferían escenas del gineceo donde se viesan representadas. ¡Y vamos si lo consiguieron! Las mujeres de clase alta se peleaban, literalmente hablando, por conseguir los mejores modelos. Esta vasija en particular muestra a una mujer lavándose el cabello junto a dos sirvientas, tal y como lo hace mi madre todas las semanas, porque como no hay baños públicos para las mujeres, nosotras nos lavamos en casa, en unas bañeras de piedra.

El pélice me pareció tan bonito que me desconcentré demasiado tiempo, por lo que mi ausencia se notó y empecé a escuchar a una criada, que me llamaba para que fuera a la cama. Tras un pequeño momento de duda, creí que lo mejor era salir rápidamente y sin levantar sospechas, pero a la vez quería, no, necesitaba, ver esas joyas. La sirvienta se estaba empezando a poner nerviosa, así que cogí un puñado de joyas del platito sin mirarlas y las metí dentro de mi chitón para que nadie las viera. Corrí hacia ella, quien dio un gran suspiro de alivio al verme y me llevó un poco enfurecida a mi cuarto. Tras despedirse, ¡por fin estaba a salvo!

Con toda la adrenalina prácticamente se me olvidó que llevaba las joyas y sin darme cuenta las apreté tan fuerte en la mano que se me quedaron unas marcas rojas muy feas por toda la palma. Llena de emoción encendí mi lámpara de aceite y extendí mi botín sobre la cama.

Desde que mi padre es magistrado, mi familia es mucho más rica, pero hasta ese momento no sabía que lo era tanto como para tener todas estas piezas de oro. Sin esforzarme robé tres pares de pendientes y un anillo verdaderamente hermosos. A mí todavía no me han hecho los agujeros de las orejas y eso me ofusca, por lo que intenté perforarme las orejas, pero cuando vi lo mucho que dolía, me puse mejor a jugar con ellos como si fueran figurillas.

Los pendientes más sencillos eran unos simples [aritos lisos](#) que me podrían servir de anillos para el dedo pulgar. Los segundos eran bastante extraños, parecían una especie de vasija o fuente, con una [bolita puntiaguda](#) abajo e incrustaciones de piedras preciosas, muy bonitas, en la parte de arriba. Aunque no se parecieran a nada que hubiera visto antes, me gustaron. Los últimos, sin embargo, fueron con diferencia mis favoritos. Eran una especie de versión reducida de los típicos brazaletes de serpientes, aunque en este caso no se representaban a un reptil, sino un [león](#). Me parecieron muy curiosos porque siempre había relacionado a los leones con los hombres, debido a que es el atributo de los gobernantes y de algunos héroes como Heracles. Me gustaron muchísimo en verdad, pero me agradó más ver que una mujer como mi madre hubiese comprado unos pendientes que transmiten tanta valentía y poder.

Sin darme cuenta, al entretenerme tanto mirando los pendientes, se me había olvidado totalmente el [anillo](#), así que cuando me tumbé en la cama para irme a dormir, los tiré sin querer al suelo al arrojarme. Por un momento me quedé congelada, no sabía de dónde venía el ruido, pero cuando acerqué la lámpara de aceite me di cuenta de que era la joya y pasé inmediatamente del miedo inicial a preocuparme por si se habían dañado. ¡Menos mal que el oro es bueno!

Antes de éste, los anillos nunca me habían llamado mucho la atención. Mi padre sobre todo es quien los lleva y por lo general son bastante sencillos. Él usa anillos-sellos: anillos normales pero con un grabado identificativo de mi familia con el que cierra las cartas presionando la parte del dibujo con la cera selladora. Como el diseño que usa es único de nuestra familia, cuando un amigo suyo recibe un mensaje con su sello, sabe quién lo envía sin siquiera tener que abrirlo.

Pero en este caso era diferente. Era una pieza bastante sencilla, pero con un grabado precioso. En él, aparecía una mujer sentada sobre un taburete, vestida con un chitón y un himation que le rodeaba la cintura y las piernas. Ella también llevaba muchos adornos y aunque mi lámpara no iluminaba muy bien, pude distinguir un brazalete, anillos y un par de pendientes. Además, llevaba el pelo recogido en una cinta, por lo que seguramente fuera bastante joven. También aparecía otro personaje, y sé que era Eros porque esa misma tarde mi tía le había traído a mi madre un pequeño platito con el mismo personaje y me explicó que era el dios de la fertilidad y del amor. Aparecía desnudo, con una ramita en la mano y la otra apoyada en el hombro de la joven. Tras un ratito observándolo el anillo me empezó a parecer familiar, y aunque me esforzara no terminaba de saber de dónde o de cuándo.

Al final asumí que estaba cansada para pensar nada, así que apagué la lámpara y me tumbé en la cama mirando hacia arriba. De repente me di cuenta: ¡era el anillo que mi padre le regaló a mi madre por su boda! En ese momento todo cobró sentido, ¡la mujer era tan joven y estaba en compañía de Eros porque se iba a casar! Me pareció un detalle muy bonito para ser mi padre, que no es lo que se dice muy romántico. Pese a que esto me pareció la pista de un rastro que podía seguir, decidí devolverlo al día siguiente para

asegurarme de que mi madre no sospechara, porque si me llegara a descubrir, nunca mejor dicho, ¡aquí va a arder Troya!

Capítulo IV: El desastre

Aquella noche dormí fatal, parecía que mi cama estuviera llena de bultos. Fui incapaz de mantenerme en la misma posición por más de 15 ovejitas seguidas. Estuve toda la noche con una pesadilla en la que mi madre era una especie de Hidra, enorme, con cuerpo de reptil y muchísimas cabezas que me perseguían. Yo huía, pero en un momento dado me tropecé porque mi peplo era demasiado largo y caí al suelo. La Hidra entonces me atrapó y me empezó a aplastar, hasta que me hizo tan fina que cupe en un vaso del gineceo, donde aparecía una mujer lavándose el cabello. Yo no podía salir y cuando llamaba a mi padre para que me ayudara, este se enfadaba por gritar y me ignoraba. Al final una sirvienta me despertó y acabó la pesadilla, menos mal.

Con la noche de locos que había pasado, se me olvidó totalmente; era el día de las Panateneas, la principal fiesta de Atenas y mi madre estaba demasiado nerviosa. Se puso a movilizar a todo el servicio, incluida a la sirvienta que me despertó, que ahora que lo pienso, parecía un poco alterada. En verdad yo estaba bastante tranquila, porque mi madre se suele comportar así cuando sale por algún motivo especial, aunque si soy sincera, a mí no me ilusiona mucho, la verdad. Mi padre y mis hermanos siempre participan en la procesión y con tal multitud rara vez veo algo.

De todas maneras, esperé que con todo el alboroto que había esa mañana en la casa pudiera ir rápido al gineceo sin que nadie se diera cuenta para devolver las joyas. Ya iba de camino de desayunar cuando escuché a mi madre decirles a las sirvientas que fuesen preparando el baño, porque se quería empezar a preparar cuanto antes. Entonces caí en que todo el mundo se trasladaría muy pronto al gineceo y que era necesario que me moviese ya. Con las prisas, fui corriendo a mi cuarto, cogí las joyas y me apresuré a llegar al gineceo antes que mi madre, pero cuando llegué, ella ya estaba allí deshaciéndose los rizos de la noche anterior. Me dijo que pasara y le ayudara con una cinta que se le había enredado en la nuca y no conseguía quitarse. Obedecí, pero como estaba tan nerviosa empecé a sudar, por lo que cuando llegó la primera sirvienta, mi madre me dijo que mejor le dejara a ella, porque yo no tenía muy buena cara y debía irme a descansar. Entonces, mientras me retiraba, me acerqué a la mesa y dejé las joyas sin que nadie se diera cuenta. Tremendamente aliviada, salí de la habitación.

En aquel momento estaba eufórica, no me podía creer que todo hubiera salido bien, así que convencida de que me merecía un descanso me fui a mi cuarto y me tumbé en la cama para dormir, ahora sí, tranquilamente. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que un grito enorme de mi madre me despertó de golpe. Me incorporé corriendo y la oí decir que alguien le había robado el anillo de su boda, que justamente había decidido ponerse para la Panateneas. Creo que mi inconsciente se adelantó a mi todavía dormido cuerpo y miré rápidamente a la lamparita de aceite. No me lo podía creer ¡el anillo estaba justo al lado! Con las prisas de esa mañana se me había olvidado cogerlo.

La verdad es que me asusté bastante, porque conociendo a mi madre registraría toda la casa y me descubriría tarde o temprano. Oficialmente estaba en modo pánico, así que cogí el anillo sin pensar y me lo escondí en el peplo, salí al pasillo y vi a Evandro, que se había asomado para escuchar los gritos. Fui corriendo hacia él y una vez estuvimos solos en su habitación le expliqué todo lo que había sucedido. Él me dijo que debía devolverlo inmediatamente, pero por los nervios le dije que me ayudara a escapar de la casa por la puerta de las cocinas y así con el aire de la calle podría pensar cómo enfrentarme a la bronca de mi madre sin morir en el intento. Un poco a regañadientes, Evandro me ayudó y despistó a su madre para que yo pudiera salir sin ser vista.

Aunque todavía era muy temprano, como es verano, al salir, el sol me golpeó los ojos, que todavía tenía adaptados a la oscuridad de la casa, por lo que corrí en busca de algo de sombra. Entonces tomé aire y me di cuenta de que por primera vez en mi vida estaba sola en Atenas. Por un momento me olvidé de mi situación y disfruté de ver a la gente pasar y preparar la ciudad para la procesión.

Capítulo V: Las esculturas cobran vida

Debido al cansancio me quedé embobada mirando a un mercader oriental, como los que dije antes de ropa multicolor. No sé cuánto tiempo pude estar mirándolo, pero de repente un ruido que venía por detrás me sobresaltó. Eran un hombre y una mujer, pero no terminé de distinguirlos. La curiosidad me hizo acercarme un poco y cuando los vi con nitidez me quedé petrificada. Del susto me oculté tras la esquina de una casa y me asomé con cuidado. No se trata de dos personas normales de la polis, sino que eran [Atenea y Marsias](#), un famoso sátiro de la mitología. En ese lugar siempre había una

escultura de bronce de los dos personajes, pero en aquel momento se estaban moviendo. Alguna vez había escuchado que el día de las Panateneas, Atenea descendía del Olimpo para situarse entre la gente, pero nunca me lo había terminado de creer.

Atenea había tirado un aulós al suelo y Marsias fue corriendo a cogerlo. En ese momento, él le



estaba gritando, pero ella no cambió en ningún momento la expresión de serenidad. A mi padre nunca le cayeron muy bien los tebanos y de pequeña me decía que esta escultura representaba a Atenas como Atenea, que siempre era racional y civilizada, frente a Tebas, que era Marsias, tierra de bárbaros y que por esa razón el sátiro se

quedaba con los restos que la diosa no quería. La verdad es que no conozco a ningún tebano, pero esta escultura siempre me pareció preciosa. Atenea estaba impresionante, con un peplo largo, ajustado con un cinturón, que le tapa los pies. Aunque todas las mujeres de la polis vistan más o menos igual, nunca había visto unos pliegues como esos en el atuendo de ninguna mujer de Atenas.

Por otro lado, Marsias aparecía desnudo, lo que me parecía curioso. En muchas de las pinturas y esculturas que he visto, los héroes y dioses aparecen desnudos, porque su cuerpo es considerado como la representación de su fuerza interior y necesitan que se vea bien. Pero en este caso es diferente, Marsias no es adorado, es más, los sátiros se dejan llevar siempre por los placeres mundanos y nunca usan la razón, algo que está muy mal visto.

Como este hecho me pareció muy curioso, por un momento me olvidé de la fantástica escena que estaba presenciando, ¡Atenea se me había aparecido! Pero en un momento dado me entró un estornudo, lo que alertó a la diosa, que interrumpió a Marsias y vino corriendo hacia a mí. Me quedé aterrada, porque el poder de los dioses es inmenso y podría matarme por haber presenciado una escena tan íntima. A la vez estaba maravillada por ver tal belleza; su rostro era blanco y perfecto y el casco de guerrera, que llevaba sobre la cabeza, brillaba como un segundo sol. Apenas pasó un instante, cuando me agarró del brazo y, entonces, se me nubló la vista y perdí la consciencia.

Capítulo VI: La Acrópolis

Cuando desperté me encontraba en la Acrópolis, de noche, medio recostada en las paredes de los propíleos, las puertas de la zona. Atenea había desaparecido y estaba totalmente sola, no había ningún sacerdote ni vigilante. Sin embargo, entre la oscuridad atisbé un pequeño destello cerca de mí. Cuando me acerqué un poco vi que se trataba de una [estela de Atenea](#) y que junto a ella brillaba una copa de metal que alguien había depositado en forma de exvoto. En la estela, sin embargo, no aparecía tranquila como en su encuentro con Marsias, sino que apoyaba la frente sobre su lanza, mientras miraba hacia el suelo. Parecía preocupada y su peplo había perdido el carácter mágico que tenía cuando nos encontramos, ahora estaba muy tieso y rígido.

De pronto sentí una presencia a mi espalda, ¿sería un sacerdote o de nuevo la diosa?, no creo que ninguno respondiera bien a mi presencia. Me giré y a algunos metros de distancia apareció de nuevo [Atenea](#), serena, sujetando la lanza con la mano izquierda. Se quitó el casco corintio, que le cubría todo el rostro, y fue la primera vez que la vi con la cabeza descubierta. Me sorprendió porque aunque tenía el pelo rizado como las mujeres, el suyo era corto. Las atenienses adoraban el cabello largo y muy abultado; es más, casi todas las mujeres de clases altas se compraban trenzas postizas para aportar más volumen a su cabellera y solo se lo cortaban si estaban en periodo de duelo por enviudar. Sin embargo, según la mitología, Atenea nunca tuvo pareja ni amantes a los que echar de menos. Bueno, también es verdad, que los hombres comenzaron a llevar el

pelo corto porque era más cómodo en las batallas, por lo que al ser Atenea la diosa de la guerra, puede que llevase el pelo corto por esa razón.

Al quitarse el casco lo observó un rato mirando con el brazo extendido, viendo el reflejo de la luna en el metal, donde la luz se proyectaba e iluminaba su rostro. Cuando terminó, se lo volvió a medio colocar, como si fuera una corona y se acercó lentamente: pude ver su peplo, que se movía suavemente con el viento. Cuando estuvo un poco más cerca vi que llevaba la égida, la parte de la armadura que cité antes. Siempre me habían dicho que estaba hecha de piel de cabra, pero parecía estar compuesta por escamas. Estaba atada en el hombro derecho con un pequeño broche y ajustada en la cintura con un fino cordón. Además, debajo del pecho izquierdo, correspondiente al hombro descubierto, se encontraba la cabeza de la gorgona, también conocida como Medusa. Este monstruo muchas veces decoraba los escudos de los guerreros, porque según la mitología había sido gracias al reflejo de su propia figura en el escudo de Teseo lo que había conseguido matarla. De esa manera, los soldados se protegían de los enemigos.

Cuando estuvo justo enfrente mío se detuvo, me miró un momento y alzó la vista por toda la vía principal de la Acrópolis con dirección al Erecteion. Sin descender la cabeza, me volvió a mirar para hacerme entender que me apartara y la dejara pasar. Así lo hice. Entonces continuó la marcha lentamente y yo le seguí sus lentos pasos, muy cerca, porque empecé a oír susurros y me entró bastante miedo. Sin embargo, cuando al final decidí mirar hacia aquellas voces vi unos cuerpos que se movían, pero me di cuenta de que no eran reales, sino exvotos, ofrendas que la gente depositaba en los templos en honor a los dioses. Habían cobrado vida y paseaban tranquilamente entre los edificios.

Entre ellos había una obra reconocida. Una vez mi hermano mayor me llevó a un taller de la zona baja de la ciudad. Nuestra abuela, que todavía vivía, había oído hablar sobre una preciosa [kore](#) que habían traído y aunque no fuera un retrato suyo, tenía tanta fama que quería dedicársela a Atenea por haber permitido a mi padre convertirse en magistrado. Sin embargo, se puso enferma y nos envió a nosotros en su lugar. Por un lado, mandó a mi hermano para pagarle, y por otro, a mí para que viese las ofrendas que según ella, algún día, yo misma compraría. Me pareció realmente hermosa, pero últimamente ya no veo que se traigan muchas a la ciudad, al parecer la moda ha cambiado.

De todas formas, cuando el artesano nos la enseñó me quedé maravillada; no contaba con esas ligeras sonrisas que siempre me habían puesto un poco nerviosa, sino que tenía el rostro relajado. Me llamó la atención porque el chitón solamente le cubría uno de los hombros y el otro lado tenía el pecho descubierto. Nunca había visto la escultura de una mujer medio desnuda, pero como veo muchas representaciones de hombres en este estado, no me causó trauma alguno. Es más, me pareció muy elegante y me hizo pensar sobre si los adultos exageraban con la necesidad de cubrir siempre el cuerpo de las mujeres.

También me encantó el cabello, que estaba compuesto por unos rizos muy definidos, que caían sobre la espalda y el pecho y que nunca había visto en ninguna mujer de la polis, ni siquiera en mi madre, aunque se esfuere tanto en peinarse todas las noches.

Ya volviendo a la marcha junto a Atenea, iba ya a dejar de mirarla cuando la koré me saludó con la mano. Puede que se tratara de mi abuela, que había ocupado el mármol para comunicarse conmigo en esta excursión tan extraña que estaba protagonizando.

Capítulo VII: La gran Atenea

Finalmente llegamos al pórtico del Erecteion, y Atenea se detuvo delante de las **cariátides**, que eran esculturas de chicas jóvenes que sustituían las columnas normales. Algunas personas dicen que representan a las chicas de una polis griega que por colaborar con los persas en las Guerras Médicas, fueron convertidas en esclavas, obligándoles a sostener el peso de uno de los edificios más importantes de la Acrópolis, que representa nuestra victoria sobre esta polis y sobre los persas. También hay quien dice que se trata de doncellas que cuidaban el santuario y que al fin y al cabo eran quienes mantenían a los dioses a los que estaba dedicado el edificio.

Cuando Atenea se situó delante de estas figuras, las cariátides cobraron vida y comenzaron a mirarse unas a otras hasta que la diosa dio un golpe con la lanza en el suelo y todas le atendieron. Fue entonces cuando comenzaron a hablar con ella a través de unos susurros tan distorsionados que no sabría decir si hablaban siquiera en griego. Como no entendía la conversación, me limité a mirarlas. Llevaban un peplo muy largo, por lo que creaba un sobre pliegue muy vaporoso. Como las doncellas que trabajaban en el templo eran jóvenes y solteras no se ataban el peplo con ningún cinturón, sino que lo llevaban suelto. Según les soplaban el aire, todo el vestido se movía; parecía que tuviesen alas y que fueran a salir volando. Además llevaban el pelo recogido en la parte de arriba y suelto en la de abajo, por lo que aunque inmóviles tenían muchísimo movimiento. Como estaban muy altas me pareció ver también que llevaban una corona, pero luego aprecié que se trataba del capitel. Por un instante olvidé que, simplemente, eran unas bellas columnas.

En un momento dado, la situada en la esquina levantó el brazo y señaló hacia el Partenón. Atenea asintió y se dirigió andando hacia el santuario, y yo, por supuesto, la seguí sin rechistar. Aun de lejos el Partenón tenía un brillo especial, pareciera que dentro había algo muy luminoso, por lo que destacaba. Cuando estuvimos ya delante de sus puertas, entre las rendijas se colaba la luz, muy intensa. Entonces, Atenea me tocó el hombro con la mano derecha, y cuando la miré, ella desapareció en una nube. Me recordó mucho a la historia de Homero cuando un dios se llevaba a un héroe del combate entre la niebla.

Ya sola, tomé aire y me acerqué a la puerta. Aunque del portón saliera una luz cegadora, no estaba caliente, sino que incluso estaba un tanto frío para ser verano. Lo empujé con fuerza y se abrió totalmente. Como mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad

de la noche, la luz fue tan intensa que me caí al suelo y estuve unos instantes sin ver bien. Poco a poco fueron apareciendo unos pies blanquísimos y enormes. Entonces, ayudándome de la pared me puse al fin en pie y sin hacer nada la luz cambió de trayectoria, proyectándose ahora desde el techo. De esta manera mis ojos pudieron ver, según me acercaba, que se trataba de una enorme [escultura de Atenea](#), de unos 12 metros de alto, vestida con un peplo de oro de unos pliegues rectos que parecían cascadas doradas.

Además llevaba la égida, pero no como la diosa que me había traído hasta aquí, sino que esta era una coraza en toda regla, que le cubría los hombros y el pecho y que tenía en el centro la cabeza de medusa. ¡Por Zeus! El casco era impresionante, todo de oro, con una esfinge en medio y en los lados dos grifos enormes, tal vez como leones de grandes, pero que en comparación con el tamaño de la escultura parecían bastante pequeños.



La lanza que apoyaba en el hombro izquierdo era más grande que mi patio entero. Además, con la misma mano sujetaba un enorme escudo circular y con la otra una representación de la victoria alada y también con un vestido todo de oro.

Una vez, mis hermanos entraron en el Partenón y me dijeron que la escultura era impresionante, pero como tienden a exagerarlo todo no les hice mucho caso. Ahora sé que se quedaron cortos. Mi emoción me hizo que me acercara a la escultura y me arrodillara para venerarla, pero al inclinarme noté que algo me molestaba en el chitón. Metí la mano en uno de los grandes pliegues y me di cuenta de que se trataba del [anillo](#). ¡Madre mía, con toda esta locura se me había olvidado de que lo tenía! Lo saqué y decidí dárselo a la diosa para venerarla.

Teniendo en cuenta, que yo apenas sobrepasaba la altura de sus pies, me acerqué con cuidado y dejé el anillo enfrente suyo para después retroceder. La verdad es que pese a la felicidad que me transmitió su belleza, el miedo que me daba la posibilidad de que la

enorme serpiente de oro que se situaba a su lado cobrara también vida y me devorara, hizo que me dirigiera rauda a la puerta. Pero justo fue darme la vuelta y oí un estruendo enorme. Me giré asustada y vi como la túnica de la diosa se resquebrajaba y volvía a salir la potente luz.

Como si se tratara de una armadura de la que se estuviera liberando, la escultura comenzó a moverse poco a poco según se rompía su prisión. Finalmente se cayó el último pedazo y hubo una especie de explosión de luz, que me golpeó de tal manera, que casi vuelvo a caer al suelo. No obstante, esta vez me apoyé en el pedestal sobre el que se levantaba la escultura y conseguí mantenerme en pie. Muy decidida miré hacia arriba y vi su cara, contorneada por una penetrante aura lumínica, de una blancura que las mujeres atenienses se hubieran peleado por conseguir. Puede que fuera porque mis ojos no aguantaban tanta luz, pero prefiero pensar que su belleza fue tal que me puse a llorar tanto que todo el rostro se me llenó de lágrimas en cuestión de segundos.

La diosa hizo que la victoria descendiera de su mano para primero coger el anillo y luego a mí misma y me llevó volando hasta la palma de Atenea. Los dioses son un poco impredecibles con las personas que ocupan sus santuarios sin su permiso, por lo que a la altura de su pecho me daba miedo mirar directamente a la gorgona de la égida y morir petrificada. Con un intento un poco penoso de salvar mi vida levanté el anillo que la victoria había dejado también en la mano de Atenea y se lo entregué como



ofrenda. La diosa me miró y elevó el anillo hasta que lo tuvo a la altura de los ojos. Entonces lo fue agrandando cada vez más y empezaron a salir del interior unas ramitas verdes que acabaron en preciosas flores blancas.

En ese momento, la victoria lo cogió con cuidado y descendió hasta donde yo me encontraba, maravillada por el espectáculo. Lo colocó con suavidad sobre mi cabeza y desapareció. Miré a Atenea muy sorprendida, sin entender absolutamente nada. Ella sonrió y abrió un poco la boca para decir algo, pero entonces de aquel agujero empezó a salir una bruma tan espesa que toda la sala se inundó y ya no pude ver nada más.

Capítulo VIII: Un bonito despertar

Permanecí unos instantes en aquella rara atmósfera cálida y placentera, pero poco a poco empecé a escuchar un murmullo lejano. Además, luego comencé a notar un poco de presión en el hombro, que pasó a ser una especie de zarandeo que iba siendo cada vez más fuerte. Finalmente escuché la voz de Evandro, que parecía un poco agobiado,

pero yo no sabía por qué. Comencé a sentirme muy mareada, el barullo iba creciendo, más cerca y potente, al igual que Evandro, pero no sabía de dónde procedía la voz de ninguno de los dos. Finalmente noté un golpe muy fuerte en la cara y abrí los ojos de golpe. Ni siquiera sabía que los tenía cerrados antes.

Como ya estaba acostumbrada a toda la luz del Partenón, no me afectó mirar directamente al brillante sol de un mediodía de verano, que se medio escondía tras la cabeza de Evandro. Sin embargo, a él sí tardé unos instantes en enfocararlo, al igual que en comprender que me encontraba en el mismo lugar donde la primera Atenea me había raptado tras su disputa con Marsias.

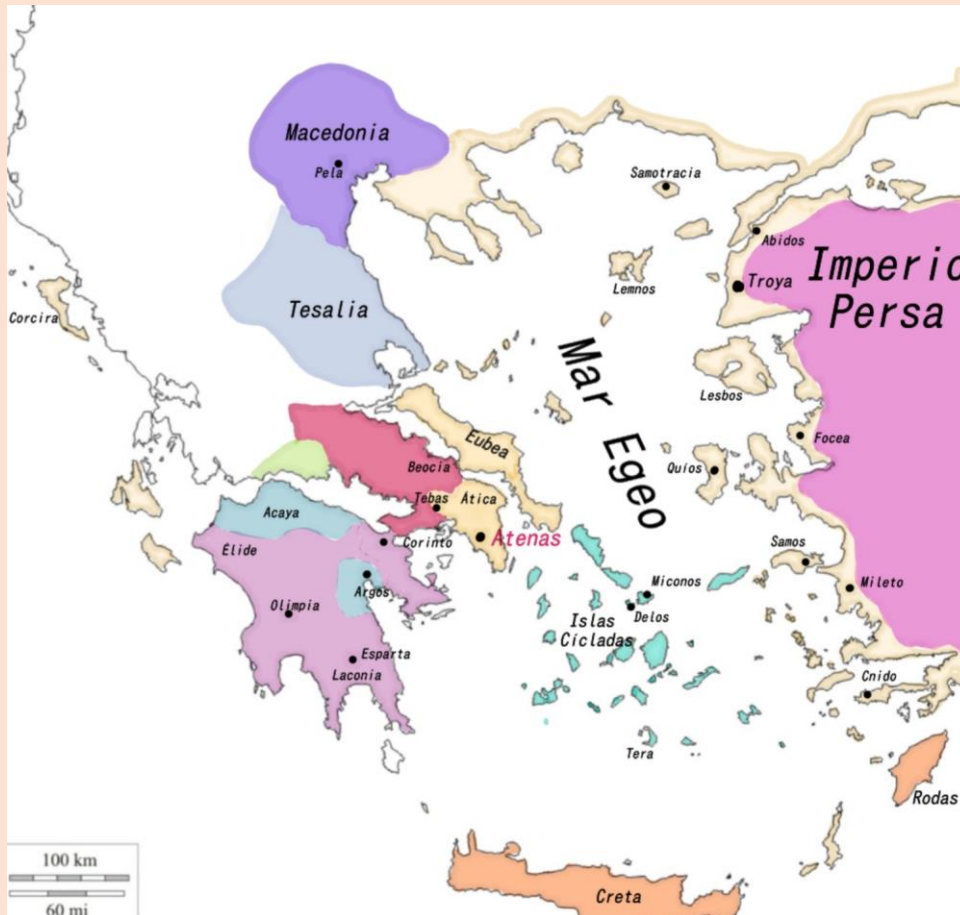
Cuando mi amigo vio que comprendía lo que me decía, paró de llorar y me abrazó muy fuerte. Yo no entendía muy bien el porqué de tanta emoción, pero teniendo en cuenta lo soso que es normalmente, aproveché el afecto. Después de un momento me dijo que parte del servicio había pasado toda la mañana buscándome por la polis, porque pensaban que alguien me había secuestrado y que él se sentía responsable de mi desaparición por haberme dejado salir de casa sola un día de tanto barullo como en la fiesta de las Panateneas. Entonces, comprendí que todo había sido un sueño, lo que me entristeció.

Evandro se levantó y me ofreció la mano para que me pudiera incorporar mejor, pero cuando fui a extenderla, y mi puño se abrió, se me cayó el anillo al suelo. Por un instante me quedé congelada, porque recordaba como Atenea lo había transformado, pero rápidamente comprendí que todo había sido fruto de mi imaginación. No obstante, cuando me agaché a recogerlo, un rayo del sol iluminó la parte de atrás y entonces vi algo que me confundió muchísimo: de repente, en la parte de atrás, había un grabado de una pequeña flor blanca, las mismas que Atenea había utilizado para la corona que me había colocado en el Partenón. Sé que podría pensarse que ese dibujo estuvo ahí siempre, pero la noche anterior estuve mirándolo durante un largo rato, por lo que estoy segura de que me había detenido a mirar una flor tan bonita.

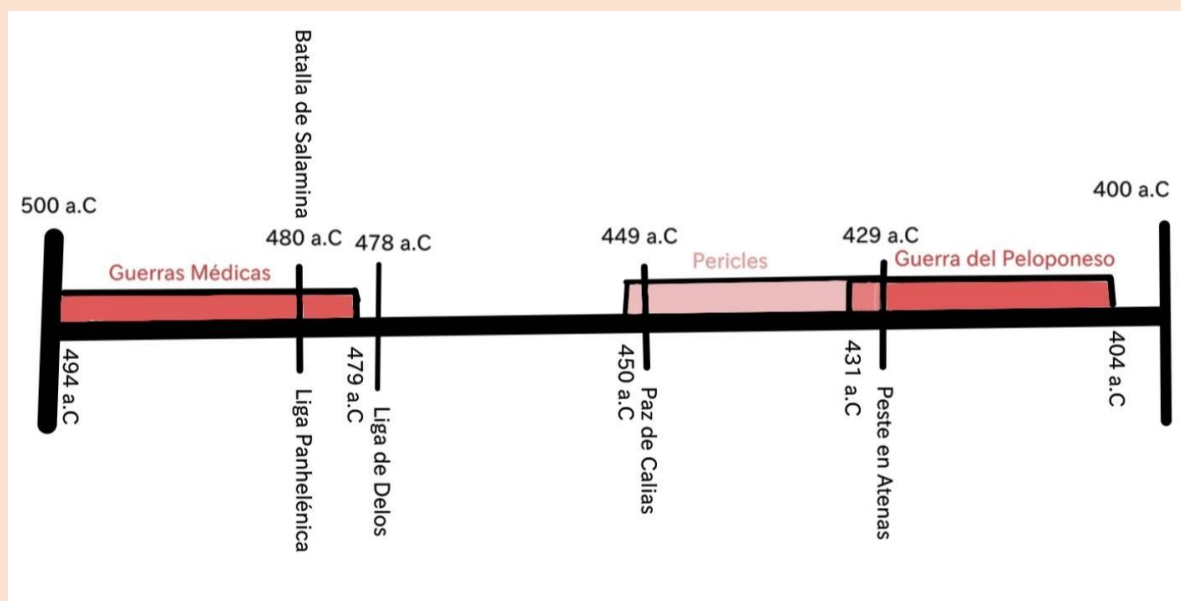
Miré a Evandro con los ojos como platos y él me miró preocupado, seguro que pensó que me había dado un golpe de calor o algo parecido por dormir al sol. Me eché a reír tan fuerte que incluso me oyó mi padre, que se encontraba preparándose para la procesión cerca de la casa. De un momento a otro, toda mi familia y el servicio vinieron, unos por el sonido de mi risa y otros por el aviso de los unos. La última fue mi madre, que estaba muy preocupada. Cuando estuvo enfrente mío, me incliné a modo de respeto como había hecho con Atenea en el Partenón y le devolví el anillo con una sonrisa enorme en la cara, que estoy segura que tuvo que transmitirle de todo menos felicidad, porque en aquellas Panateneas no pude quejarme de no poder ver bien por la muchedumbre. En mi nuevo emplazamiento, las vistas de la pared de mi cuarto fueron inmejorables.

Anexo

Mapa, cronología y plano

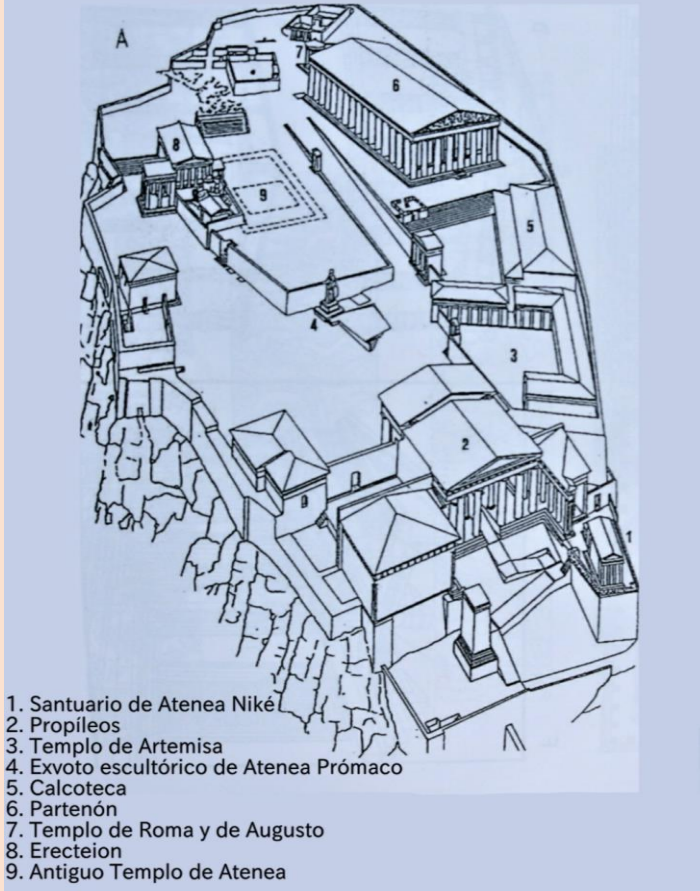


Plano del Mundo Griego a mediados del siglo V a.C



Eje cronológico del siglo V a.C

Plano de la Acrópolis de Atenas



Mitos

▪ ***Atenea***

Atenea es una de los doce dioses olímpicos del panteón griego. Hija de Zeus y de la oceánide Metis no nació de una manera natural, sino que salió del interior de la frente de su padre, ya adulta y equipada con la armadura. Esta rareza se debe a que una profecía había dicho a Zeus que los hijos de Metis serían más fuertes que él y como no quería perder su trono, decidió comerse a su esposa para que esta no alumbrara. Sin embargo, al estar ella ya embarazada, este acto fue en vano, porque Atenea nació de todas maneras.

Atenea es la diosa de la sabiduría, la guerra, la estrategia y las artes. Además actúa como protectora de ciudades y héroes. Sus atributos principales son el búho y el olivo, y dentro de su armadura destaca la égida, que también presenta Zeus. Atenea es una diosa que nunca tuvo descendencia, destaca por su sabiduría y presenta las cualidades que debe tener un buen gobernante.

Atenea fue ya en la era prehelénica una diosa del hogar. En la época micénica se definió mejor y fue incluida en el panteón olímpico como hija de Zeus. No obstante, siguió siendo la protectora de la casa, en este caso, de los palacios micénicos y parece ser que esta faceta fue la que hizo que se convirtiera más tarde en la protectora de las acrópolis.

▪ *Leto, Ártemis y Apolo*

Leto era una titánide que junto a Zeus tuvo dos hijos, Apolo y Ártemis, ambos dioses principales del panteón olímpico. Apolo era el dios del conocimiento, de las artes, de la profecía y de la curación. Por su lado, Ártemis era la diosa de la caza, la virginidad, de los animales y del parto.

El nacimiento de los hermanos fue bastante peculiar. Hera, la esposa principal de Zeus descubrió que Leto estaba embarazada de su marido, así que le prohibió dar a luz en tierra firme, ya fuera en la península o en alguna de las islas de Grecia. Sin embargo, Leto encontró la recién formada isla de Delos, que había surgido después de la prohibición de Hera y por lo tanto sí era válida. Hera se enteró y secuestró a Ilitía, la diosa de los partos, por lo que Leto estuvo sin poder dar a luz durante 9 días. Finalmente, y gracias a la mediación de otros dioses, Hera permitió el nacimiento; primero fue Ártemis, que ayudó en el alumbramiento de su hermano Apolo.

Otro de los mitos que involucran las tres figuras es la relacionada con Níobe. Níobe, la reina de Tebas se había reído de Leto por tener tan solo dos hijos, mientras ella tenía catorce. Como el honor de Leto había quedado dañado, Apolo y Ártemis acudieron para vengarla, matando a todos los hijos de Níobe, a excepción de dos.

▪ *Atenea, Apolo y Marsias*

Un día Atenea creó el aulós, pero cuando lo tocó, no le gustó nada que se le inflaran las mejillas y sus facciones se deformaran al soplar, por lo que decepcionada, lo arrojó al suelo. Entonces, el sátiro Marsias se agachó rápidamente y cogió el instrumento. Con este nuevo instrumento decidió enfrentarse a Apolo en un concurso musical que juzgaron las ninfas. Ellas concluyeron en que ambos tocaban igual de bien, pero como Apolo se había obstinado en ganar, propuso un nuevo combate en el que él podría tocar y cantar a la vez. Evidentemente ganó, puesto que su instrumento era la lira, que no necesitaba de aire para sonar, mientras que el aulós de Marsias tenía que tocarse con la boca, lo que impedía que cantase. Como castigo por enfrentarse a los dioses, Apolo desolló vivo a Marsias.

- ***Medusa***

Medusa era una sacerdotisa del templo de Atenea que fue violada por Poseidón. Ante la pérdida de la virginidad de la sacerdotisa, Hera enfureció y la convirtió en un monstruo con cabellos de serpientes que petrificaba a quien la mirara directamente.

Un día Perseo fue enviado para acabar con el monstruo. Atenea y Hermes lo ayudaron, dándole las sandalias aladas del mensajero, una espada, un escudo y un casco de invisibilidad. Primero, Perseo fue a visitar a las Grayas para que le dijeran donde se escondía Medusa y tras un poco de presión, se lo dijeron. Finalmente ayudado por Atenea y el reflejo del escudo que le permitía ver el reflejo del monstruo sin mirarla directamente consiguió cortarle la cabeza y matarla. De su cuerpo nacieron Pegaso y el gigante Crisaor. Dolidas, las hermanas de Medusa persiguieron a Perseo, quien pudo huir gracias al casco de invisibilidad.

Personajes históricos

- ***Pericles***

Pericles fue un importante político ateniense que desarrolló una carrera muy lenta pero prolífera en Atenas. Durante treinta años, entre el 450 y el 429 a.C. participó en el gobierno de la polis, pero fue en los últimos quince cuando su actividad aumentó notablemente. Durante ese tiempo fue reelegido anualmente como estratega, ejerciendo un poder casi total. Nunca en la historia de la democracia ateniense alguien había tenido tanto poder, pero este nunca fue discutido, porque siempre lo obtuvo de manera legal e incluso, sus propios detractores valoraban su sabiduría. Tucídides llegó a decir “en apariencia se trataba de una democracia; en la realidad era el gobierno de uno solo”.

Con Pericles vamos a encontrar la democracia radical, con la máxima participación ciudadana. Entre sus medidas más importantes se encontraron la *misthophoria*, una medida que consistía en que los atenienses recibían una paga por ejercer las funciones públicas, de modo que la política se democratizó en cierto modo. Sin embargo, Pericles también redujo la ciudadanía a través de una medida por la cual solo eran atenienses los hijos de madre y padre atenienses. La criba fue tan radical que se calcula, que las $\frac{3}{4}$ partes de la población que antes era ciudadana, dejaron de serlo.

- ***Fidias***

Fidias fue el artista más destacado de todo el clasicismo griego. Además de un importantísimo escultor, dirigió bajo el mandato de Pericles las obras de reconstrucción de la Acrópolis de Atenas, que había quedado gravemente dañada tras las guerras médicas. Fidias nació en el 495 a.C. en Atenas y viajó a Argos para aprender el estilo severo. Cuando volvió a la polis gobernaba Cimón, con quien consiguió establecerse como un escultor de cierta importancia. Fue realizando algunas obras importantes en un

estilo severo, pero no fue hasta que elaboró la Atenea Lemnia, que se presenta como un escultor completamente clásico.

En el 447 a.C. Pericles le encomienda la supervisión de las obras del Partenón y durante casi diez años se encarga de dirigir a los arquitectos, organizar a los trabajadores, dibujar y organizar las figuras del friso del Partenón... Sin embargo, su labor más importante fue la elaboración de la Atenea Pártenos que ocuparía toda la naos del Partenón.

Fidias era un artista con una imaginación impresionante, capaz de aunar técnicas y materiales diferentes en perfecta armonía. Además, su trabajo es determinante para la posterior iconografía de Atenea. Con las Atenas Pártenos y Lemnia, Fidias propone algunas alternativas para las representaciones habituales. Lemnia se quita el casco, deja el escudo en el suelo. Además, se da menos importancia a la égida, que pasa a ser casi una paño más de la vestimenta. En ambos casos se presenta a la diosa como la victoria, la supremacía que ha conseguido Atenas gracias a la guerra, pero con el fin de establecer la paz.

- ***Macron***

Macron fue uno de los ceramistas áticos más importantes de comienzos del siglo V. Trabajó la técnica de las figuras rojas, atribuyéndole unos 350 ejemplares. Además siempre realizó sus obras junto al alfarero Hieron, que firmó en unas treinta obras. Entre los dos, realizaron obras relacionadas con la Guerra de Troya, de simposios y de otras escenas de divertimento.

Hechos históricos

- ***Las guerras médicas***

Las guerras médicas fueron una serie de conflictos armados entre el mundo griego y el imperio persa que se desarrollaron entre el 490 y el 479 a.C. En el año 494 a.C. con la batalla de Lade, Atenas pierde contra los persas y Darío I, el monarca oriental, da por iniciada la Primera Guerra Médica, que se realizó por mar. No obstante, esta vez, los atenienses consiguieron ganar a los persas.

Entre las dos guerras hubo un espacio de tiempo que permitió a ambos bandos prepararse para la batalla; Atenas creó una gran armada y en Persia, Jerjes sustituyó a su padre Darío. Cuando comenzó la Segunda Guerra Médica, las fuerzas estaban más o menos equilibradas. En el 480 a.C. los persas consiguieron una gran victoria en donde Atenas tuvo que ser evacuada y la Acrópolis fue destruida. La destrucción del símbolo del poder y del orgullo ateniense prendió la sed de venganza de los habitantes de la polis. Esta fue una de las razones principales por las que los griegos ayudaron a Alejandro en su expedición contra la Persia de Darío II más de un siglo después.

En la batalla de Salamina (480 a.C.), los barcos persas no pudieron maniobrar bien en la zona de la isla, donde el golfo Sarónico crea dos estrechos canales, por lo que perdieron contra los atenienses. Por otro lado, se formó la Liga panhelénica, constituida por treinta polis y liderada por Esparta. Esta liga va a enfrentarse a los persas en la batalla de Platea (479 a.C.), el último conflicto terrestre de la guerra. Finalmente los persas son expulsados de la Grecia peninsular del 479 a.C gracias a la unión de Atenas y Esparta en la batalla de Mícala. No obstante, los persas permanecerán en Asia menor.

• *La Guerra de Troya*

La guerra de Troya fue uno de los mayores conflictos de la antigüedad. Si bien gracias a Homero y otros autores la batalla está rodeada de una atmósfera de magia y mitológica, se calcula que el conflicto se sucedió en torno al 1200 a.C., en las proximidades de Troya, que tras diez años de asedio finalizó con la victoria aquea y la destrucción de la ciudad.

Según la mitología los aqueos, que es como se llamaba la alianza griega, se enfrentaron a los troyanos porque el príncipe Paris había raptado a Helena cuando esta era esposa de Menelao, hermano del rey Agamenón. No obstante, una visión más histórica de los hechos nos dice que seguramente el conflicto se produjo por el control de las rutas comerciales del estrecho de los Dardanelos, que comunicaban el mar Egeo con el Negro, este último tierra rica en cereal, que era justo el alimento del que carecía partes importantes de Grecia como el Ática.

Uno de los personajes (seguramente mitológicos) más importantes del conflicto fue Aquiles, aqueo hijo del rey Peleo y ejemplo del ideal guerrero, un hombre que ansía la victoria y la gloria por encima de cualquier otra cosa. En el campo contrario Héctor, príncipe troyano hijo de Príamo, que murió a manos de Aquiles como venganza por haber matado a Patroclo, un cercano amigo del aqueo. Agamenón, rey de Micenas, fue un guerrero valiente, ambicioso y codicioso, que tras una riña con Aquiles raptó a Briseida, la esposa de este. Por último Odiseo, guerrero aqueo, arquetipo del ideal griego de hombre inteligente, sabio y buen negociador. De él parte la idea del caballo de Troya, que pone fin a la guerra. Además el largo y complicado viaje de regreso de Odiseo tras la victoria dará lugar a la Odisea, también obra de Homero.

Vida Cotidiana

▪ ***El baño en la Grecia clásica***

Los baños públicos eran en la Grecia clásica una parada obligada en la vida de los hombres libres. Al igual que las barberías, eran lugares de encuentro y tertulia, con cuyo paso se aspiraba obtener un equilibrio entre el cuerpo y la mente. Algunos de ellos estaban unidos a las palestras, pero estos estaban dedicados sobre todo a los atletas y visitantes del gimnasio, siendo los *balaneia*, los baños urbanos de uso civil, los frecuentados por la mayoría de la población.

Los espacios eran simples y funcionales, pero con muchas variantes. Podían presentar formas rectangulares o irregulares entorno a cámaras circulares, en forma de tholos, reservadas al baño caliente. En otras ocasiones las estructuras humanas se unían a las irregularidades del terreno, uniendo arquitectura y naturaleza.

Estando prohibida la presencia de las mujeres en los baños públicos, estas se aseaban en los hogares, donde había bañeras de piedra, barro o ladrillo. Estas al carecer de un sistema de desagüe debían llenarse y vaciarse a mano con vasijas de agua caliente.

▪ ***El tejido***

En origen los tejidos en Atenas se realizaban con lana, pero con la llegada de comerciantes jonios se introdujo el lino, muy popular en época clásica, pues su estructura más delgada dejaba entrever mejor el cuerpo, creando piezas más sensuales. Asimismo, se realizaron tejidos que mezclaban lana, algodón y seda proveniente de Oriente.

Si bien había talleres especializados, la confección de los tejidos tenía una estrecha relación con el ámbito doméstico y las mujeres. También formó en ocasiones parte del ritual religioso de la comunidad, como era el caso del peplo que cuatro muchachas de Atenas ofrecían a la diosa Atenea durante la festividad de las Panateneas.

Cara al color de las obras, si bien en el grueso de la población predominaban los tonos crudos, en los tejidos de las élites podían observarse gran cantidad de colores, los conocidos como “colores floridos”; rojos, marrones, verdes. Asimismo, en las capas eran comunes los tintes morados, amarillos y azules.

Las decoraciones fueron variando con el paso del tiempo. En época arcaica fueron comunes los motivos provenientes de Oriente, como motivos florales esquematizados o esfinges enfrentadas. No obstante, en época clásica, en Atenas se impuso una estética de lo equilibrado y puro, evitándose las decoraciones más allá de sencillos motivos geométricos y vegetales. Estos se utilizaban para destacar algunas partes, sobre todo la zona del pecho.

Catálogo de las obras del relato (en orden de aparición)

1. Esquifo ático de figuras rojas. Macrón e Hieron. Primer cuarto del siglo V a.C.

Este vaso representa un fragmento de la guerra de Troya, donde tras una disputa entre Agamenón y Aquiles, el primero secuestra a Briseida, la esposa del primero. Como consecuencia de este deshonor, Aquiles abandona el campo de batalla, aunque tras la muerte de Pactroclo, se incorporará al combate.



Las figuras se encuentran de perfil, en actitud de marcha y presentan un tratamiento anatómico bastante esquemático, si bien debido a sus actitudes, todos presentan cierto movimiento.

Localización: Museo del Louvre, acceso: https://www.louvre.fr/oeuvre-notices/skyphos-attique-figures-rouges?sous_dept=1

2. La cratera de Niobides. Crátera ática de figuras rojas. Siglo V a.C.

Esta cratera muestra gran cantidad de personajes dispuestos en dos escenas diferentes que corresponden a las dos caras de la vasija, separadas por las asas laterales. En una de las caras se encuentran Apolo y Ártemis, que lanzan flechas a los descendientes de Níobe. Por la otra cara aparece Heracles, con la leonté y junto a diferentes guerreros en actitudes diversas, mira a Atenea.



La pieza está influenciada por las representaciones de esculturas y pinturas clásicas contemporáneas. Los personajes se encuentran a diferentes niveles y por primera vez en un vaso cerámico, encontramos isocefalia. Pese a la perfección anatómica de los personajes, el delineado de los ángulos del cuerpo resta naturalismo a las figuras. No obstante, las posiciones naturales de los personajes, donde las extremidades se cruzan y rotan, aportan cierto volumen. Si bien el cuerpo es bastante esquemático, las vestiduras están tratadas con detallismo.

Localización: Museo del Louvre, acceso: https://www.louvre.fr/oeuvre-notices/cratere-en-calice-attique-figures-rouges-dit-cratere-des-niobides?sous_dept=1

3. Par de pendientes de oro. Siglo VI a.C.

De un carácter muy minimalista, este par de joyas se componen de un cilindro liso de oro dispuesto en forma de anilla.



Localización: MET, acceso:

<https://www.metmuseum.org/art/collection/search/246762?searchField=All&sortBy=Date&wh>

[en=1000+B.C.A.D.+1&where=Greece&what=Ear+ornaments&ft=* &offset=0&rpp=20&pos=7](https://www.metmuseum.org/art/collection/search/256211?searchField=All&sortBy=Date&when=1000+B.C.A.D.+1&where=Greece&what=Ear+ornaments&ft=* &offset=0&rpp=20&pos=7)

4.Par de Pendientes esféricos de oro. Siglo VI-V a.C.

En este caso los pendientes presentan una forma esférica en la zona inferior, decorada con una fila de pequeños pinchos. Como transición entre la esfera y el cilindro redondeado de la parte superior, hay una serie de incrustaciones de vidrio dispuestas en una hilera. La pieza, mucho más elaborada que el ejemplo anterior, presenta una zona más delgada que permitiría introducir el hilo de oro por el agujero de la oreja, tal y como lo hacen los pendientes en la actualidad.



Localización: MET, acceso:

https://www.metmuseum.org/art/collection/search/256211?searchField=All&sortBy=Date&when=1000+B.C.A.D.+1&where=Greece&what=Ear+ornaments&ft=* &offset=0&rpp=20&pos=6

5.Pendientes con cabeza de león. Siglo V a.C.

El más complejo de los tres pares de pendientes, en este caso, un cuerpo compuesto por hilos de oro retorcidos sobre sí mismos, presenta un aumento progresivo del grosor que en su momento de mayor expansión presenta la cabeza, un tanto simplificada de un león. Lo que sería la melena del animal está compuesta por una superposición de anillas.



Localización: MET, acceso:

https://www.metmuseum.org/art/collection/search/246761?searchField=All&sortBy=Date&when=1000+B.C.A.D.+1&where=Greece&what=Ear+ornaments&ft=* &offset=0&rpp=20&pos=15

6.Anillo de oro con entalladura de una mujer sentada y Eros volando. 450 a.C.

Este anillo elaborado en oro presenta un grabado bastante común para este tipo de joya. Una mujer joven sentada en un taburete recibe al dios Eros, que apoyando una mano en el hombro de la muchacha, porta con la otra una ramita. Se trata de una escena prenupcial; la joven, que está a punto de casarse, recibe a Eros, dios del amor para que le proporcione un matrimonio fértil y feliz.



Localización: MET, acceso:

<https://www.metmuseum.org/art/collection/search/256191?when=1000+B.C.A.D.+1&where=Greece&what=Gold&ao=on&ft=ring&offset=0&rpp=40&pos=39>

7. Grupo escultórico de Atenea y Marsias. Mirón. Siglo V a.C.

Este grupo escultórico esculpido por Mirón representa el momento en el que decepcionada por su creación, Atenea arroja su aulós al suelo y el sátiro Marsias se agacha para recogerlo. Esta escena está cargada de un gran movimiento, sobre todo en el caso de Marsias, que asciende por la sorpresa y se propulsa hacia el suelo. Ambas figuras representan la llamada composición en V, característica de las composiciones anteriores a Fidias.



Localización: perdido, copias romanas en diferentes museos. En imagen, la copia conservada en los Museos Vaticanos.

8. Atenea Pensativa. 460 a.C.

En esta estela realizada en mármol de Paros, Atenea, con el casco corintio levantado, apoya la frente sobre la lanza y mira hacia el suelo, concentrada en sus propias reflexiones y completamente aislada del mundo exterior. A diferencia de otras representaciones de la época, en este caso, los pliegues del peplo son muy rígidos, caen rectos y carecen de movimiento.



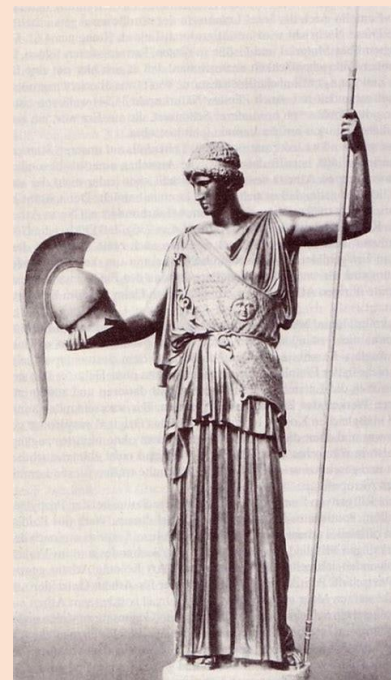
Localización: Museo de la Acrópolis de Atenas, acceso: <https://www.theacropolismuseum.gr/en/relief-pensive-athena>

9. Atenea Lemnia. Fidias. 450 a.C.

Siendo una de las obras más importantes de Fidias, esta escultura realizada en bronce marca el comienzo del estilo clásico. La escultura está dedicada a Atenea por los colonos atenienses de la isla de Lemnos con el fin de mantenerse presentes en la Acrópolis.

Atenea se muestra pensativa y relajada, con el cabello recogido en una cinta. Sujeta la lanza como si fuera un cetro con una mano, mientras extiende la otra, con la que sujeta el casco, que mira fijamente.

En esta obra Fidias modifica algunos aspectos de la iconografía de la diosa, como la égida, que pierde bastante protagonismo. Además, carece de casco porque ahora se pretende dar una nueva visión de Atenea como imagen de la victoria y de la paz conseguida a través de la guerra, y no solo como guerrera.



Localización: perdida.

10. Koré de Euthydikos. 480 a.C.

Esta escultura realizada en mármol de Paros es una de las últimas korai arcaicas realizadas en el ática. Situada en el límite entre el periodo arcaico y el clásico, se puede ver la evolución de un estilo a otro en algunas características como la pérdida de la famosa sonrisa arcaica. Si bien no se conoce el nombre del maestro, se sabe que es el mismo que talló el kurós conocido como Efebo rubio.

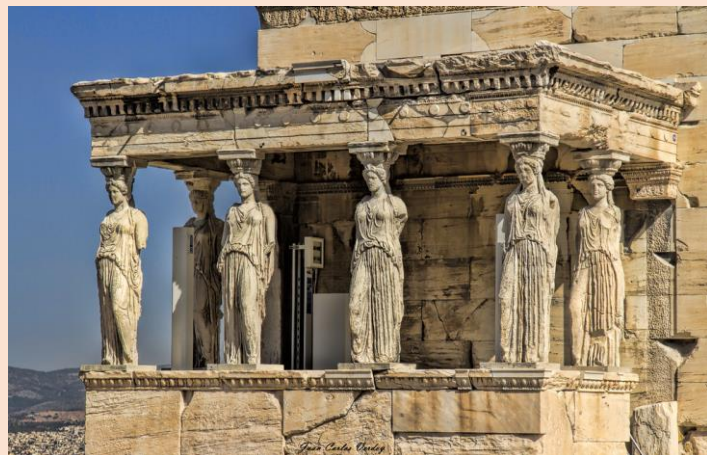


Esta koré fue un exvoto para la diosa Atenea, pero que al ser fragmentado durante la destrucción de la Acrópolis por parte de los persas, fue enterrado junto a muchas otras obras en las proximidades del complejo y recuperado mucho tiempo después.

Localización: Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

11. Cariátides. 420 a.C.

Las cariátides correspondían a las esculturas que a modo de columnas, sujetaban la tribuna del Erecteion, un importante edificio jónico de la Acrópolis de Atenas de forma irregular. Las cariátides pueden ser que correspondiesen a las doncellas encargadas del santuario o a mujeres carias apresadas durante las Guerras Médicas y convertidas en esclavas.



Localización: Erecteion en la Acrópolis de Atenas.

12. Atenea Pártenos. Fidias. 449 a.C.

Esta colosal escultura realizada por Fidias ocupaba el centro de la naos del Partenón de la Acrópolis de Atenas. De doce metros de altura, estaba compuesta por un núcleo de madera recubierto por marfil y oro. El hecho de realizar una obra crisoelefantina corresponde a un alarde técnico por parte de Fidias y testimonio de la fuerza económica de Atenas.

La diosa se presenta armada, con un peplo de pliegues en gran movimiento y la égida tiene una gorgona en medio del pecho.



También presenta un impresionante casco, con una esfinge central y dos grifos laterales. Además, en la mano derecha sujeta una victoria alada de 2 metros de altura y con la otra porta la lanza a modo de cetro, sobre el cual se apoya el escudo. Por otro lado, la escultura se levantó sobre un zócalo con relieves que representaban el nacimiento de Pandora.

Localización: no se conserva, copias romanas en varios museos. En imagen la copia conservada en el Museo del Prado de Madrid.

Bibliografía

DE LA NUEZ PÉREZ, María Eugenia (2005): “Las Panateneas: iconografía de la fiesta”, *Habis*, vol.36, páginas 51-64.

DUKELSKY, Cora (2012): “Construcción simbólica y visual de los espacios femeninos en la cerámica griega”. En: ATIENZA, Alicia, DELIA BATTISTÓN, Dora, RODRIGUEZ CIDRÉ, Elsa, JERNIMO BUIS, Emiliano, DIEGO VILA, Juan, CRESPO, María Inés, LEÓN, Nilda: *Nóstoi, estudios a la memoria de Elena F. Huber*. Eudeba, Buenos Aires, páginas 65-81.

ELVIRA BARBA, Miguel Ángel (2019): *Historia del arte griego. Obras y artistas de la antigua Grecia*. Escolar y Mayo, Salamanca.

ELVIRA BARBA, Miguel Ángel (2013): *Arte y Mito; Manual de iconografía clásica*. Silex Ediciones, Madrid.

FLACELIÈRE, Robert. (1989): *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*. Temas de hoy, Madrid.

GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier (2001): *Historia de Grecia antigua*. Akal, Madrid.

Homero (2019) *La Ilíada*. Austral, Barcelona.

LEÓN ALONSO, Pilar (1989): *El Arte Griego (II)*. Historia 16, Barcelona.

LOPEZ MELERO, Raquel (2002) *Así vivían en la Grecia Antigua*. Anaya, Madrid.

RODRIGUEZ LÓPEZ, María Isabel (2015): “Indumentaria y moda en el mundo griego”. En BLANCO, M. (dir.), *Diseño de moda: teoría e historia de la indumentaria*, Madrid, Centro Superior de Diseño de Moda de Madrid, Madrid, (vol.1), pp. 7-26.

SCHRÖDER, Stephan., “Atenea Pártenos (Fidias)”. Web del Museo del Prado. Madrid. Acceso: <https://www.museodelprado.es/aprende/enciclopedia/voz/atenea-partenos-fidias/4f22f0d9-6dfd-4edf-acee-490b37df6dc2>

YEGÜL, Fikret. (1995): *Baths and Bathing in Classical Antiquity*. Architectural History Foundation, Nueva York.